Introducción

“Toda violación de la verdad no es solamente una especie de suicidio del embustero, sino una puñalada en la salud de la sociedad humana”
Ralph W. Emerson

Mi primer contacto con la ideología de género fue cuando yo no sabía tan siquiera de su existencia y ni mucho menos me imaginaba lo aceptada que estaba, incluso por quienes más claramente veían, en el día a día, que semejante teoría era una falacia a la que la realidad desmiente continuamente: los profesores de Educación Física.

Corría el año 2005 y todo el colectivo de profesores participantes en los Campeonatos Escolares de la Comunidad de Madrid, reunidos en una asamblea, lamentaba la imposibilidad de hacer que las chicas participaran con el mismo entusiasmo, en los mismos deportes y en la misma cantidad numérica que sus compañeros varones, en los citados campeonatos deportivos. Lo achacaban a los roles sociales impuestos a las chicas, al empeño social de que éstas no practicaran deportes masculinos (pese a que ya por entonces se hacía todo lo contrario y se incentivaba a las chicas a participar en deportes como el fútbol, el rugby...) y a una difusa “vagancia femenina” fruto de esos roles inculcados. Y, naturalmente, a ninguno se le ocurría que únicamente fuera porque hombres y mujeres somos diferentes. Simplemente era impensable hablar de diferencias intrínsecas entre ambos sexos y mucho menos se podía verbalizar semejante hecho. Los hombres y mujeres debíamos ser iguales ante el hecho deportivo y cualquier variación en los comportamientos sólo podía deberse a factores educativos. La ideología de género había calado hasta en un estamento profesional que pasa sus días constatando y midiendo diferencias físicas entre alumnos y alumnas a los que debe examinar utilizando distintos baremos según su sexo.

Posteriormente he tenido muchos otros contactos, a mi pesar, y no deja de sorprenderme cómo, una teoría tan falaz, descabellada y continuamente

rebatida por la realidad, es asumida por personas de muy distinta condición intelectual sin que una sombra de duda enturbie esa arquitectura ideológica basada en una hipótesis. Quizá sería más exacto decir basada en una mentira.

Como indica Dale O'Leary, investigadora de la asociación Médica Católica de Estados Unidos y autora de diversos libros sobre el tema, "*la ideología de género es un sistema cerrado contra el cual no hay forma de argumentar. No puede apelarse a la naturaleza, ni a la razón, la experiencia o las opiniones y deseos de las mujeres normales. No importa cuántos argumentos y datos se acumulen contra sus enunciados: todo ello se deberá siempre a las construcciones sociales*". Y a esos roles impuestos por una educación que nos empuja y obliga a ser como somos pero que en realidad, según los ideólogos de género, no es como realmente somos.

Y es que la ideología de género, pese a no tener bases científicas ni reales en que fundamentarse, se hace invulnerable por el sistema de no permitir el análisis, ni la confrontación con esa realidad, como sería exigible para cualquier teoría. No puede apelarse a la naturaleza humana, porque los ideólogos de género no creen en ella y en la existencia de una base biológica que afecta al comportamiento y al resto de los planos que conforman al ser humano. No puede apelarse a la razón porque sus fundamentos exigen la fe incondicional de sus adeptos puesto que no hay bases científicas que los demuestren. No puede apelarse a la experiencia cotidiana que muestra diferencias de gustos y comportamientos entre los sexos desde la infancia, porque dicen que toda esa experiencia está manipulada y es fruto de una imposición de estereotipos mediante la educación. No puede apelarse a opiniones y deseos de las mujeres actuales, que se encuentran en una situación de igualdad en dignidad y derechos con el varón y no están de acuerdo con esa deriva del feminismo que las desprecia por sus diferencias con el hombre porque, según esa ideología, esas mujeres están alienadas y no saben lo que les conviene. Y lo que les conviene, según los ideólogos de género, es ser exactamente como hombres.

Esta extraña argumentación sobre el ser humano en la que la parte biológica y genética no tiene peso sobre nuestros comportamientos, sino que es la educación la que nos convierte en hombre y mujeres, pudo defenderse, a duras penas, en épocas no demasiado lejanas en las que se estimulaban los valores masculinos, los juegos masculinos y los comportamientos masculinos en los hombres y, de forma análoga, todo lo femenino en las mujeres. Incluso ambos sexos recibían una educación diferente en función de los roles sociales que habrían de desarrollar en el futuro.

Sin embargo, en la actualidad, con hombres y mujeres educados en la igualdad, no se cumplen los parámetros de igualitarismo absoluto que los

defensores de la ideología de género creen que sería lo esperable y lo deseable en una sociedad *igualitaria*. Esta igualdad implicaría el mismo número de hombres y mujeres en todos los ámbitos de la sociedad como trabajo, formas de ocio, representación política... Y también implicaría iguales gustos, deseos e intereses, igual sexualidad, las mismas formas de realización personal... Pero como eso no llega a suceder, continúan apelando a esa educación sexista hasta llegar al ridículo.

Y digo ridículo porque explicar con una teoría que nunca puede terminar de probarse, unas consecuencias evidentes como que hombres y mujeres somos y nos comportamos de forma diferente y tratar de achacarlo a algo ajeno a la biología, excluyendo ésta de forma taxativa, es un sinsentido. Es decir, los ideólogos de género afirman que somos diferentes, no por lo evidente, la biología, sino por algo que sucede, aunque creemos que no es así y hacemos todo lo posible para erradicarlo. Y ese algo que sucede de forma sigilosa e inevitable es la educación sexista.

En sociedades igualitarias donde la supuesta causa de las diferencias, la citada educación sexista, se ha reducido a la mínima expresión, cuando se evidencia que las cosas no son como los defensores de la ideología de género creen que deberían ser, es decir, con hombres y mujeres idénticos en gustos, percepciones, comportamientos, intereses, deseos y capacidades, insisten en que eso es porque la causa de las desigualdades no ha desaparecido del todo. Y encuentran un anuncio sexista, un mal ejemplo inconsciente de los progenitores, un chiste, un juguete culpable que empuja al niño a esos roles sociales indeseables pero malignamente perdurables... cualquier cosa, para afirmar que esa es la causa de que la sociedad no haya alcanzado la perfección igualitaria. Lo lógico sería empezar a pensar que, erradicadas las causas educativas, pudiera haber otros factores que nos hacen comportarnos, desear e interesarnos por cosas diferentes.

De hecho, efectivamente, la causa de nuestras diferencias no ha desaparecido y es muy posible que no desaparezca nunca: la biología no parece muy dispuesta a plegarse a la ideología de género. Pero esa evidencia no les vale a los activistas de género y, contra cualquier argumento, siguen buscando algún lugar oscuro donde su causa favorita de la diferencia entre sexos, la educación y los estereotipos sexistas, se parapetan para seguir haciendo el mal.

Sin embargo, la lógica más elemental muestra que insistir en que, aunque la causa de la diferencia entre hombres y mujeres ha desaparecido, sigue oculta en algún anuncio, juguete o mal ejemplo porque las diferencias siguen dándose, es algo parecido a afirmar que los niños que nacen con pelo oscuro

lo hacen porque hay personas cerca que, en el momento de su nacimiento, tienen malos pensamientos. Y si un niño nace con el pelo oscuro, aunque se explique que no había nadie cerca, que nadie pudo tener malos pensamientos, el color de su pelo demuestra que sí. Y no hay más que hablar.

Y afirmo, de nuevo, que se llega al ridículo porque intentar convencernos de que un anuncio esporádicamente visto por los menores, o unos cuentos infantiles de príncipes y princesas, van a incidir más en los comportamientos de los niños que una machacona educación en la igualdad, es dar una excesiva importancia a cosas puntuales para explicar lo que nada tiene que ver con la educación y que es mucho más fuerte y determinante que ésta. Y, desde luego, mucho más fuerte y determinante que el color rosa o azul con el que se viste a los bebés para introducirlos maquiavélicamente en sus roles sociales, tal y como explican los defensores de la falacia, desde antes de que los pobres bebés sepan que existen ellos mismos y sus roles. Cuando hablo de algo mucho más fuerte y determinante que la educación, me refiero a las raíces biológicas que nos dictan comportamientos exitosos para lo más importante, para lo que estamos diseñados, configurados y programados desde hace millones de años: la supervivencia de la especie.

Y para algo que viene perfeccionándose desde nuestros más arcaicos prototipos, algo que deviene de nuestras raíces evolutivas, de nuestros genes, tan elaborado, tan extendido por todo nuestro ser, tan profundamente anclado en nuestro cerebro, tan importante para nuestra supervivencia como los comportamientos instintivos y biológicamente programados, las tonterías de la ideología de género carecen de peso específico. Aunque sea importante, la educación no tiene, ni tendrá nunca, el peso específico de los comportamientos programados por los genes. Aunque sólo sea porque el educador de la ideología de género ha de desprogramar y reprogramar, uno por uno, los nuevos seres que vienen "de fábrica" con los datos que, a través de la herencia biológica, lo hicieron exitoso.

En esta guerra ideológica en la que, sin darnos cuenta, nos vemos metidos y en la que el factor educativo trata de imponer sus gustos, percepciones, deseos e intereses idénticos a hombres y mujeres para alcanzar una hipotética felicidad social basada en la igualdad y que, al no ser posible la igualación de ambos sexos, ha derivado en la neutralización de los mismos, los dos salen malparados. Pero quizá son las mujeres, por ser las presuntas beneficiadas, quienes resultan ser más estafadas en este timo de envergadura planetaria. Respecto a la infelicidad individual que produce alegando vender felicidad, todos perdemos, y mucho.

Son diversas las razones que se han de analizar por las que la ideología

de género perjudica especialmente a ese colectivo al que dice beneficiar de forma específica. El primer problema es la concepción de la mujer como el sexo oprimido y perjudicado, que ha llevado a que los comportamientos, gustos, deseos, intereses y percepciones de la mujer sean despreciados y achacados, no a su naturaleza y a su ser intrínseco, sino a factores de coacción educativos, transformándolos por ello en algo indeseable y merecedor de ser erradicado.

Por otra parte, la ideología de género surge principalmente de los movimientos feministas de tercera generación en los que la búsqueda de la equiparación entre hombres y mujeres se transforma en la igualación absoluta en todas las facetas, ámbitos y campos de la vida y la sociedad. Y es que lo que se busca realmente no es que la mujer tenga los mismos derechos que el hombre, sino que no existan ni hombres ni mujeres.

El hecho de que el feminismo de tercera generación se vea liderado por lesbianas y que se tome a los roles masculinos como el modelo al que tiene que tender la igualdad, hace que las mujeres deban renunciar completamente a sus gustos, deseos, intereses, percepciones y naturaleza para encajar en ese parámetro de éxito. Deben renunciar a su esencia. Y renunciar a su esencia significa renunciar a su propia felicidad en aras de alcanzar lo que otros consideran que es la felicidad.

A esta centrifugación de la esencia femenina colaboran activamente los colectivos homosexuales, que buscan la desaparición de la alteridad sexual y la sociedad basada en la heteronormatividad para que surja una nueva sociedad con otros referentes que no sean lo masculino y lo femenino, referentes que para ellos son falsos, impuestos, encasilladores y a los que niegan otro fundamento y origen distinto a las imposiciones culturales.

Este estudio intenta, por ello, mostrar una visión de la naturaleza humana en la que se valore tanto esa parte cultural humana capaz de mejorar la naturaleza, como esa parte biológica con la que tenemos que convivir y a la que tratar de ignorar sólo nos traerá infelicidad, puesto que existe y es determinante en nosotros.

No sólo se verá qué es la ideología de género y cómo se ha infiltrado en todas nuestras concepciones ideológicas e interpretaciones de la vida, sino cómo nos afecta de forma negativa a todos, a las mujeres por el engaño que supone hacerles creer que son beneficiarias de su empeño y por el desprecio de su naturaleza y a los hombres por la persecución a la que son sometidos, simplemente por ser lo que son. Se pondrán de manifiesto todas las mentiras y ocultaciones sobre nuestro ser biológico y evolutivo, nuestros instintos y pulsiones de supervivencia que implica tener como cierta semejante doctrina.

También se tratará de reivindicar a la mujer real, la mujer biológica y mentalmente mujer que en este momento intentan eliminar con el argumento de ayudarla y equipararla al hombre y al varón real, con todas sus características antropobiológicas masculinas por las que es acusado, culpado y perseguido.

Entre tanta ideología sin bases biológicas, entre tanto feminismo que no representa a una gran mayoría de mujeres, es necesario que surja un nuevo movimiento de defensa y reivindicación de la mujer como mujer, con sus deseos, percepciones, capacidades, intereses y gustos. Con el conocimiento profundo de su ser y su biología. Con su opción personal tan cercana a sus condicionamientos y roles biológicos como ella quiera. Una mujer que exige que se le valore y se le respete tal y como es, lejos de los planteamientos de todos los movimientos feministas que, bajo la coartada de la defensa y la representación de las mujeres, desprecia su esencia y trata de transformarla en lo que no es.

Parece innecesario plantear, como cuestión previa en el desarrollo de este libro, que la igualdad entre hombres y mujeres es un concepto ético que presupone una equiparación en derechos y dignidad de ambos sexos, ideal al que nuestra sociedad debe aspirar no sólo con hombres y mujeres sino con todos los seres humanos, sea cual sea su raza, religión, procedencia, nivel económico... y que en este libro se defiende por encima de todo. Y se defiende la igualdad por encima de todo porque se evidencian las diferencias. Y se asumen. Precisamente, porque cuando se niegan las diferencias de quienes son diferentes y se les exige ser iguales en todo, incluso en lo que son evidentemente distintos, siempre hay algún colectivo que sale más perjudicado. En unos casos los perjudicados son los hombres, en otros, las mujeres pero siempre lo es la familia ecológica y natural y la sociedad misma. Y esa injusticia, no sólo es negativa a nivel individual, sino que hace peligrar esa igualdad ética de derechos y dignidad para hombres y mujeres a la que se aspira.

También parece innecesario afirmar que, naturalmente, esta igualdad ética es perfectamente compatible con la diversidad y la diferencia que todos percibimos entre ambos sexos y que es imposible negar salvo que se idee un sistema cerrado de causas y consecuencias, como la ideología de género, en el que se afirme que siempre que aparecen unas consecuencias, es que se han dado unas causas, sin tratar de indagar sobre el hecho sorprendente de que las consecuencias se producen incluso cuando la probable causa es imposible de constatar o, lisa y llanamente, no ha hecho su aparición.

Otra cuestión previa que debería ser innecesario plantearse, pero se menciona a causa de los prejuicios y el miedo que produce la defensa de que existen diferencias entre hombres y mujeres, es que la afirmación de la exis-

tencia de diferencias no implica ningún debate sobre la superioridad de hombres o de mujeres. La fundamentación de estas diferencias se realiza desde una perspectiva que señala la complementariedad física e intelectual entre los sexos y sus funciones y que ha conseguido su objetivo de forma óptima: la supervivencia de la especie humana. Desde ese punto de vista, el intento de presentar un sexo como superior a otro resulta ridículo.